

Recensiones

J. Boelaert, S. Michon y E. Ollion

Métier: député. Enquête sur la professionnalisation de la politique en France

PARÍS, RAISONS D'AGIR, 2017

Julien Boelaert, Sébastien Michon y Etienne Ollion acaban de publicar su obra titulada *Métier: député. Enquête sur la professionnalisation de la politique en France* (Oficio: diputado. Estudio sobre la profesionalización de la política en Francia) en la editorial Raisons d'Agir creada por Pierre Bourdieu. Conviene recordar que Julien Boelaert es doctor en economía y especialista en historia y sociología de los parlamentos, tanto francés como europeo. Con Michon y Ollion coordina actualmente una investigación sobre la Asamblea nacional. Por su parte, Sébastien Michon es investigador en el CNRS, en el laboratorio SAGE de la Universidad de Estrasburgo. Sus trabajos aluden al personal político francés y europeo. Entre sus obras más relevantes conviene citar *Les équipes parlementaires des eurodéputés. Entreprises politiques et rites d'institution* (Michon, 2014). Por último, Etienne Ollion es igualmente investigador en el CNRS, en el mismo laboratorio que Michon. Especialista de la sociología del Estado, sus investigaciones abordan el campo político tanto en Francia como en Estados Unidos. Es regularmente invitado en Universidades extranjeras (Chicago, Berkley, Buenos Aires) y es autor de *Raison d'État. Histoire de la lutte contre les sectes* (Ollion, 2012).

En la introducción de la presente obra, los autores subrayan que los profesionales de la política tienen una mala imagen. “En la Asamblea [nacional], en los medios [de comunicación], ante el público, están acusados de todos los males de los que sufre la política contemporánea” (p.7). Es preciso recordar que, “históricamente, el profesional de la política era aquel que estaba remunerado para ejercer un mandato (...). Pagado para ejercer su actividad de representación, no necesitaba disponer de una fortuna personal para ejercer su mandato” (pp.7-8). No en vano, con el transcurso del tiempo, si el término ha perdurado, ha cambiado de significado, ya que, hoy en día, “el término de profesionales [de la política] designa más bien a unos electos que [están] remunerados por la política desde hace tiempo, e incluso que solo [han] vivido de la política” (p.8). En ese sentido, dicha profesionalización está cuestionada. “Acusados de hacer política por interés, e incluso porque no saben hacer otra cosa, los electos son [acusados de estar] desconectados de las realidades [vividas por] los que dirigen” (p.8).

Este libro se basa en un “análisis exhaustivo de cuatro cohortes de diputados, de los años 1970 a 2016. Para cada uno de estos 1.738 electos, se ha [analizado] la tota-

lidad de su trayectoria política pero también profesional [desde sus] 25 años” (p.10). La elección de la Asamblea nacional resulta “del rol que desempeña esta institución en la política francesa. Primer escalón de la política nacional, es igualmente un paso obligatorio [del que proviene] la mayoría de los futuros ministros [y] el lugar privilegiado donde se repliega después de un paso por el gobierno. Bajo la Quinta República, más de las tres cuartas partes de los ministros han sido diputados. Es también un lugar central de la fábrica [legislativa] en el cual se encuentran regularmente los miembros del gobierno y [los] electos (...). La Asamblea [nacional] es, por lo tanto, un lugar de observación estratégico para analizar el funcionamiento y las evoluciones del campo político francés” (p.10).

Habitualmente, la cuestión de la profesionalización es estudiada desde la perspectiva de la profesión declarada por los electos (p.11). Pero, según Boelaert, Michon y Ollion, esta visión es insuficiente porque no permite acceder a toda la información pertinente, ya que el diputado puede haber ocupado varios cargos, haber ejercido una profesión de manera esporádica o no haber ejercido ninguna profesión fuera de la política desde hace varias décadas (pp.11-12).

La presente investigación confirma el lugar ocupado, entre los diputados, por los que han vivido principalmente de la política. “En cuatro décadas, el número de diputados que han tenido la política como actividad profesional más significativa ha sido multiplicado por ocho: era del 2% en 1978, [mientras que alcanza] el 16% de la Asamblea nacional en 2012” (p.12). Por lo tanto, “si la profesionalización designa el hecho de que cada vez más personas solo han vivido de la política, la tendencia se confirma. Si la profesionalización designa el hecho de que unas vías de reclutamiento se [imponen], que ven los electos pasar de manera creciente por un camino determinado para acceder al poder, es igualmente [cierto]” (p.12). Así, “en cuarenta años, el número de antiguos colaboradores y permanentes de partidos [que se han convertido] en diputados se ha duplicado, para alcanzar el 33% en 2012” (p.12).

En ese sentido, cada vez más, la política, “al menos a nivel nacional, se parece a un oficio, con sus vías de acceso, sus formaciones privilegiadas, sus carreras típicas y sus competencias requeridas. Del aprendizaje a la especialización, los electos forman un grupo profesional” (p.13). No en vano, esta investigación demuestra que la focalización en los electos profesionalizados impide comprender una transformación de fondo de la política gala. De hecho, estas últimas décadas han asistido al aumento del tiempo pasado en política antes de acceder a funciones nacionales. Así, en 2012, “entre los diputados, la parte de aquellos que son activos en política desde hace al menos veinte años ha pasado del 21% al 50%” (p.14). Las prácticas han cambiado igualmente “porque esta presencia en el tiempo, remunerada o no, ha propiciado una adaptación de las reglas del juego político. Involucrados en el juego político desde

hace tiempo, los electos conocen los códigos, saben cómo navegar y sacar provecho [de las circunstancias]” (p.14). Paralelamente, los perfiles de los diputados se han modificado. Si provienen mayoritariamente de las clases superiores, difieren desde el punto de vista sociodemográfico. “La desaparición innegable (...) de las clases populares se ha acompañado de un reclutamiento que favorece las clases medias superiores” (p.14).

En el primer capítulo del libro, titulado “una profesión inconfesable”, los autores constatan que, sea cual sea el partido de pertenencia o la trayectoria de los electos, estos rehúyen hablar de oficio político o del sueldo percibido para el desempeño de sus funciones. Prefieren hablar de “carga”, “función”, e incluso “misión” (p.19). “La ampliación del cuerpo electoral y, posteriormente, el acceso de nuevos grupos sociales a las posiciones de poder habían planteado, en el siglo XIX, la cuestión de la remuneración de la actividad política. Con ella, se ha desarrollado una crítica de los responsables políticos [supuestamente] más atraídos por el dinero que [preocupados] por el interés general” (p.20).

Los autores recuerdan que los términos de “profesional de la política” o de “político de oficio” aparecen en el siglo XIX provenientes de Estados Unidos (p.21). Criticado “por su [pretendida] mediocridad, el profesional de la política del siglo XIX lo es igualmente por [estar] interesado” (p.21). Esto resulta de la remuneración de los electos por el ejercicio de su mandato. Hasta entonces, los responsables políticos provenían de las élites aristocráticas que dedicaban parte de su tiempo libre al desempeño de funciones honoríficas, disponían de recursos para subsistir y pagaban las campañas electorales con sus propios fondos (p.21). Con la extensión del sufragio universal, la política se profesionaliza. A partir de ese momento, los antiguos notables se enfrentan a una competencia creciente, proveniente de las clases superiores, medias e incluso populares, a la hora de conquistar cargos públicos (pp.21-22). En ese sentido, “la crítica de los profesionales de la política es una crítica socialmente situada que proviene, lo más a menudo, de aquellos que [ven] su monopolio en la conducta de los asuntos públicos amenazado por la llegada de nuevos entrantes” (p.22). Por lo tanto, la denuncia de los profesionales de la política es una acusación vertida por los notables contra candidatos cuyas características sociales son diferentes de las suyas y que no necesitan estos recursos para comprometerse en política (p.22).

Por lo cual, la crítica moral se acompaña de una crítica social, ya que presenta los nuevos entrantes como personas interesadas por el dinero público. “Esto explica que la cuestión de la remuneración haya sido especialmente relevante a lo largo de la Tercera República. Instaurado en 1789, es un [tema] recurrente a lo largo del siglo XIX” (p.23). La situación perdura hoy en día, nos dicen los autores, con la reminiscencia de los debates de siglos pasados. “La cuestión de la remuneración es abordada con

inquietud tanto por los diputados como por la administración parlamentaria” (p.25). Sucede lo mismo con las diferentes indemnidades percibidas para el desempeño de sus mandatos, ya que existe la sospecha de una desviación de dichos fondos con fines personales (p.25).

Otra crítica dirigida a los parlamentarios concierne el riesgo de distanciamiento creciente entre representantes y representados. “Símbolos de una conquista democrática, los partidos [suscitan] inquietudes entre los observadores contemporáneos” a propósito de la división progresiva que se establece entre gobernantes y gobernados, a medida que se consolidan las posiciones y los partidos políticos (p.26). Si la delegación se produce por razones de tiempo, conocimiento e interés, desemboca en un distanciamiento creciente entre una minoría gobernante y una mayoría dirigida, un menor control de los primeros por los segundos por falta de tiempo y de recursos, y una alienación de los electores de la política (pp.26-27). La idea de captación de posiciones en beneficio de algunos ha tenido cierta posteridad, especialmente en el discurso de la izquierda (p.27).

Prosiguiendo con su reflexión, Boelaert, Michon y Ollion observan que, tanto ayer como hoy, es difícil reivindicarse de la política y “el imposible enunciado de la política como profesión es (...) perceptible en la manera de presentarse de los electos” (p.28). La idea de oficio es sistemáticamente ocultada o infravalorada, lo que conduce los diputados a realizar contorsiones semánticas (p.28). “Valorizando el enraizamiento local frente a la política parisina, identificada a la carrera y a la política [partidista], los electos (...) ponen [énfasis] en su anclaje local” (p.28). Esto les permite diferenciarse de sus oponentes y de los “profesionales de la política”, en un contexto marcado por el descrédito de la política.

No obstante, existen diferencias, a menudo poco visibles, entre los que solo han vivido de la política y los que han tenido una trayectoria profesional previamente o paralelamente a la política (p.28). Estas distinciones son pertinentes para los que las viven a diario, dado que los diputados insisten, una y otra vez, sobre las actividades realizadas y las funciones desempeñadas fuera de la política (pp.31-32). A su vez, rechazan la distinción entre profesional y aficionado, aunque el primero disponga, en general, de mayores conocimientos, de competencias superiores y de dominios contrastados en cuanto al funcionamiento de las instituciones. Por último, “la relación entre la profesión ejercida y la profesión declarada es a menudo relativamente lejana” (p.33). Es especialmente el caso cuando se registran en la Asamblea nacional. En ese sentido, las presentaciones estratégicas y las profesiones declaradas por los diputados deben ser tomadas con cautela (p.35).

En el segundo capítulo de su obra, titulado “el oficio de diputado”, los autores subrayan que existe un desconocimiento hacia la labor desempeñada por los diputa-

dos, lo que conduce a un cuestionamiento de su rol y a una solicitud de disminución del número de parlamentarios (p.39). En realidad, la vida parlamentaria es frenética y los diputados oscilan entre su circunscripción y París donde encadenan las reuniones. De hecho, los parlamentarios están sometidos a un ritmo de trabajo intenso (p.40). Pero, esta actividad frenética surte efectos limitados en razón de la omnipresencia del poder ejecutivo bajo la Quinta República.

Así, entre el lunes por la tarde y el martes por la mañana, durante las semanas en las cuales hay sesión, la Asamblea nacional se llena. “Para los electos empiezan [entonces] tres días de intensos debates. A su llegada, encadenan en general las reuniones con los miembros de sus grupos políticos y con los colaboradores situados en París que realizan el seguimiento de los [temas candentes]. Aprovechan también para reunirse con compañeros con los cuales trabajan o, eventualmente, con administradores de la Asamblea [nacional]” (p.41). Ese ritmo decrece después de la sesión de control al gobierno y las votaciones que acontecen a su continuación. Posteriormente, mientras que algunos asisten a las sesiones, otros participan en las reuniones de los grupos de trabajo que se reúnen regularmente para abordar problemáticas particulares (p.42). Los miércoles y jueves, se reúnen las comisiones permanentes en las cuales se elaboran las leyes. Es a través de ellas que llegan los textos legislativos propuestos por el gobierno. En ese momento, los diputados pueden presentar enmiendas destinadas a modificar el proyecto de ley. Los diputados se reparten en las distintas comisiones en función de sus competencias personales y de las jerarquías vigentes (p.42).

Y, “cuando no están ni en sesión ni en comisión, los diputados pueden estar en su despacho para trabajar sobre un [tema concreto]” (p.42). Pueden igualmente reunirse con representantes de organismos o con periodistas (p.44). A partir del viernes, y durante todo el fin de semana, los diputados están en sus circunscripciones respectivas para acoger al público en sus permanencias, arreglar problemas concretos a los que se enfrentan los ciudadanos o participar en diferentes eventos (p.44). Estos eventos pueden ser sociales (inauguraciones, visitas, espectáculos) o políticos, tales como las reuniones de secciones locales del partido (p.45). Por lo tanto, el tiempo de los diputados está saturado. Se trata de una vida por exceso. A menudo, no disponen de un solo día de descanso a la semana, más aún teniendo en cuenta que, a lo largo de las últimas tres décadas, el número de días de trabajo en la Asamblea nacional se ha incrementado, aunque todos los diputados no desempeñen su rol con el mismo fervor (pp.46-47).

Además de aprobar las leyes, controlar la acción del gobierno y evaluar las políticas públicas implementadas, los diputados asumen otras funciones. De hecho, solo redactan las enmiendas y las proposiciones de ley, que son mucho menos numerosas

que los proyectos de ley presentados por el gobierno y redactados por los gabinetes ministeriales (p.49). En ese sentido, “desde hace cerca de sesenta años, y a pesar de las reformas [sucesivas], el lugar conferido a los parlamentarios en la fábrica legislativa ha sido limitado en Francia. (...) La Constitución de 1958 ha modificado profundamente las condiciones de ejercicio del parlamentarismo en Francia” (p.51). Se añade a todo ello el hecho de que “los diputados franceses no tienen siempre los medios materiales y la expertise necesarias para la producción de leyes. (...) Tampoco disponen de los equipos comparables a los que rodean los ministros” (p.52). Por lo cual, los diputados pasan parte de su tiempo en construir sus carreras, conseguir apoyos, constituir coaliciones y elaborar proyectos políticos (p.53), ya que todos quieren ser reelegidos y algunos aspiran a convertirse en ministros (p.54). En otros términos, el paso por la Asamblea nacional es esencial para construir una carrera política nacional porque permite crear redes, gozar de recursos y acceder a los medios de comunicación (pp.54-55)

A su vez, conviene no olvidar que “los diputados son los dirigentes de un equipo, de tamaño variable, puesto al servicio de su actividad. [De hecho], desde los años 1970, los parlamentarios pueden recurrir a colaboradores para ayudarlos en sus tareas” (p.59). El número y el perfil de los colaboradores son variables, aunque sean generalmente jóvenes y estén bien formados, a menudo en derecho y ciencias políticas (p.60). Pueden desempeñar su labor en París o en circunscripción. “Todos los equipos no están contruidos sobre el mismo modelo: los electos concentran más o menos sus equipos en la circunscripción o en el parlamento [y] contratan a unos colaboradores cuyas competencias respectivas varían según el tipo de [carrera] que intentan construir” (p.62).

En el tercer capítulo, dedicado al tiempo consagrado a la política, Boelaert, Michon y Ollion constatan que, “desde hace varias décadas, las modalidades de acceso a la política se han (...) profundamente transformado. Entre los parlamentarios y ministros, la parte de los antiguos colaboradores políticos está en fuerte aumento. Que hayan sido asistente parlamentario, colaborador de un electo local (...), permanente de un partido o miembro de un gabinete ministerial, su [proporción] en la élite política ha [crecido] (...). Cerca de un tercio de los diputados de 2012 ha pasado por estas posiciones” (pp.67-68). Más allá, “a lo largo de ese periodo, el tiempo medio pasado en política antes de acceder a responsabilidades nacionales ha aumentado notablemente, y ello, sea cual sea [su] trayectoria” (p.68).

En efecto, la mayoría de los estudios sobre la Quinta República constatan evoluciones limitadas desde su creación. Así, “desde el punto de vista de las [características] sociales habitualmente [tomadas en consideración], la estabilidad prevalece a lo largo del periodo. La edad media de los diputados en el inicio de su mandato oscila

entre cincuenta y cincuenta y seis años. (...) En términos de títulos [académicos], se asiste (...) a un aumento general del nivel educativo, pero los electos siguen siendo ampliamente sobre-titulados con respecto a la población. La profesión de origen (...) es objeto de variaciones más sensibles, [ya que] la parte de los autónomos baja, la de los asalariados aumenta, y las clases populares desaparecen en beneficio de las clases medias y superiores” (pp.68-69). Incluso la evolución más notable, que concierne la feminización de los diputados, es poco significativa, ya que, en 2012, solamente el 27% de los diputados son mujeres (p.69). En definitiva, “la Asamblea [nacional] sigue siendo poco representativa de la población global” (pp.68-69).

No obstante, se ha producido un cambio notable en las vías de acceso a la diputación. Fundamentalmente existen tres vías:

- La “vía notabiliaria” caracteriza a las personas que disponen de una notoriedad local y de recursos personales. Estas personas se hacen elegir gracias a su nombre y su pertenencia a la élite local. “Para ellas, la adhesión e implicación en un partido político son tardías y pueden producirse a lo largo de la carrera electiva. (...) La elección a nivel local precede, lo más a menudo, la elección a nivel nacional” (p.70).
- La “vía partidista” alude a las personas que se implican ampliamente y desde hace tiempo en el seno de un partido político. Progresivamente, se comprometen, consiguen una investidura y, posteriormente, un mandato nacional. “Llegados como simples militantes, los futuros electos suben todos los escalones de la jerarquía interna” (p.71).
- La vía de “acceso directo al centro” hace referencia a personas que inician su carrera política cerca del poder. “La obtención de un primer puesto ministerial precede la obtención de un mandato parlamentario” (p.71).

El equilibrio existente entre estas tres vías se ha transformado profundamente en los últimos años (p.71). De hecho, se produce un irresistible ascenso de los colaboradores políticos. “Entre 1978 y 2012, el número de antiguos [colaboradores] se ha prácticamente duplicado entre los diputados franceses. A lo largo de la última legislatura, el 33% de los electos habían [ejercido] semejante función, frente al 14% en 1978. El incremento es continuo a lo largo del periodo. (...) En otros términos, el peso de estas posiciones se ha convertido en la principal fuente de reclutamiento de las élites nacionales” (p.72). Esta situación no es propia a un partido determinado, puesto que es un fenómeno generalizado. Es el caso del 36% de los diputados socialistas y del 32% de los electos conservadores (p.72). Estas posiciones constituyen una vía de acceso rápida a la política y permiten mantenerse en ella después de conocer un revés electoral. Además, al estar situadas cerca del poder político, están considera-

das como sólidos estribos para instalarse rápidamente en el centro del juego político (p.71). Estas vías de acceso conciernen igualmente los partidos, ya que los diputados han podido ocupar previamente posiciones de colaboradores de electos o de permanentes de partidos. Esta situación concierne especialmente a partidos tales como el Frente de Izquierdas y el Frente Nacional (p.74).

Los antiguos colaboradores se distinguen de sus homólogos de diferentes maneras. En general, son más jóvenes, ya que tienen seis años menos; han ingresado la Asamblea nacional con mayor precocidad; y tienen un pasado político menor antes de integrar el parlamento: dos años menos. Además, tienen muchas más probabilidades de convertirse en ministros: entre tres y cuatro veces más (p.75). “El paso por estas posiciones constituye, por lo tanto, un (...) acelerador de carrera. Estas diferencias se explican por un buen conocimiento del juego político, forjado durante años [pasados] en el seno de estos entornos. [Inmersos] desde hace tiempo en el campo político, han adquirido las habilidades necesarias al oficio de electo. Conocen los procedimientos administrativos y el funcionamiento del campo político. Están igualmente integrados en sus partidos, cerca de líderes influyentes, e incluso de altos personajes del Estado que son susceptibles de ayudarlos para obtener una posición elegible en una lista y, luego, en una circunscripción que se puede ganar (pp.75-76).

La fuerte presencia de antiguos colaboradores genera numerosas críticas, incluso en el seno de la Asamblea nacional, que denuncian “la República de los colaboradores” (pp.76-77). En cualquier caso, conviene distinguir los colaboradores del ejecutivo nacional (miembros de gabinetes ministeriales o de la secretaria general del Eliseo) y los colaboradores de electos (asistentes parlamentarios, asesores de alcaldes, etc.), ya que los primeros están más cerca del poder nacional y de los centros de decisión neurálgicos que los segundos (p.77). Esta distinción se acompaña de una relativa diversidad de los perfiles y de las vías de acceso a la política. Por una parte, se hallan los miembros de los gabinetes ministeriales que pertenecen a la “nobleza de Estado” (Bourdieu, 1989). Son generalmente hombres, provenientes de familias acomodadas y que pertenecen a la alta función pública. Se convierten rápidamente en diputados y ministros. Por otra parte, se encuentran los colaboradores de electos o los permanentes de partidos, mujeres en mayor proporción, cuyos orígenes sociales son más modestos y cuyas carreras académicas son menos brillantes. Su acceso a la Asamblea nacional es más dificultoso (pp.77-78). Su evolución numérica difiere, puesto que, si los colaboradores del ejecutivo permanecen estables en el tiempo, la parte de los diputados que han sido colaboradores de electos o permanentes de partidos ha pasado del 2% en 1978 al 26% en 2012 (p.80).

Pero, el cambio más relevante de las últimas décadas alude menos a la presencia creciente de personas que tienen una trayectoria particular que al alargamiento gene-

ralizado de la presencia en el campo político. El número de años pasados en mandatos electivos o como colaboradores de electos o de partidos ha pasado de 12,1 en 1978 a 18,7 en 2012. “En otros términos, mientras que los electos de 1978 habían pasado de media un poco más de diez años en política en el inicio de la legislatura, los de 2012 han pasado cerca de veinte años” (p.81). Hoy en día, los diputados son más veteranos y acceden posteriormente a la Asamblea nacional, al tiempo que se han comprometido en política con anterioridad y han obtenido su mandato local antes que sus mayores (p.82).

El alargamiento del tiempo necesario para el acceso a la Asamblea nacional resulta, en parte, de las profundas transformaciones acontecidas en el campo político a lo largo de las últimas cuatro décadas. De hecho, el campo político ha conocido cambios notables “desde el punto de vista tanto de su composición como de su perímetro” (p.90). El número de electos se ha incrementado notablemente. En las dos cámaras, el número de parlamentarios ha crecido ligeramente, pasando de 482 a 577 diputados entre 1962 y 2012 y de 264 a 348 senadores durante el mismo periodo. Pero, la mayor parte del aumento resulta de la ley de descentralización de 1982 y la elección de los consejeros regionales y departamentales al sufragio universal directo (p.90). Además, diferentes leyes han permitido la creación de mancomunidades (p.91). Pero, “el aumento del número de posiciones remuneradas en torno a los electos, e incluso en torno a la política en general, y la división del trabajo que se ha producido en su seno, son tan significativos” (p.92). Así, en la Asamblea nacional, el número de asistentes se ha incrementado notablemente pasando de 0 en 1975 a 2.090 en 2013 (p.93). A todo ello, conviene añadir a miles de personas que gravitan en torno a la política, tales como las personas que trabajan en los *think tanks*, más o menos afines a partidos políticos, en las consultorías o en los órganos de comunicación (pp.93-94).

En cuanto a la remuneración de los diputados galos, cobran 7.100 euros brutos mensuales y un máximo de 8.200 euros en caso de acumular varias funciones, además de las indemnidades vinculadas al desempeño de sus funciones. “A estos elementos salariales se añaden los derechos a la jubilación (...). Fueron creados a fin de favorecer el igual acceso de las diferentes categorías socio-profesionales a las funciones públicas” (pp.97-98). Muy ventajoso durante un largo periodo, el sistema se parece cada vez más al régimen de pensiones de los funcionarios. De media, los antiguos diputados cobran una pensión de 2.700 euros, sabiendo que un mandato de cinco años les garantiza una pensión mínima de 1.129 euros (p.98). Los diputados pueden también, en caso de revés electoral, beneficiarse de un fondo de desempleo que garantiza el mantenimiento de su indemnidad plena durante los seis meses posteriores a su mandato, “con la condición de no tener ninguna otra actividad” (p.98). Pero, la mayoría de los antiguos diputados no recurre a él, ya que continúa ocupando otro cargo electivo. De hecho, el 80% de los diputados franceses acumulan varios mandatos (p.99).

En el cuarto y último capítulo, titulado “las mutaciones del capital político”, los autores recuerdan que el capital político designa los recursos, repartidos de manera desigual, que permiten actuar en política con un éxito variable: control sobre el partido, posición institucional, carisma o recursos económicos. Ese capital entra en juego en la competencia política (p.107), puesto que permite movilizar a los electores, controlar a las instituciones y mantenerse en el poder. Es preciso tener en cuenta que “el valor del capital político cambia (...) en función de las circunstancias” (p.107). Esta noción nos invita a reflexionar sobre lo que importa en política y sobre el interés que éste puede tener para los que la practican. Según los autores, ese valor ha decaído a lo largo de las últimas cuatro décadas. “Por una parte, la política como actividad se ha desmonetizado. (...) Ha perdido su atractivo para las clases muy superiores. (...) Los términos del intercambio entre la política y otras profesiones hacia las cuales se orientan las élites se han ampliamente deteriorado. [Por otra parte], las fuentes que confieren eficacia a ese entorno también han evolucionado. En particular, estas últimas décadas han visto erosionarse las formas colectivas de ese capital (...) en beneficio de formas más personales. [Estos aspectos] indican una mutación del capital político en la Francia del siglo XXI” (p.108).

En cuanto a la representatividad de los electos, “en términos de edad, etnicidad [y] género, los representantes no son a la imagen de los que representan, y las evoluciones recientes apenas han alterado estos resultados. En términos de grupos sociales, el desfase es igualmente notable (...). La política en general y la Asamblea nacional en particular no son un asunto de las clases populares” (pp.108-109). Simultáneamente, se observa un ligero retroceso de las franjas más dominantes de las clases superiores (p.109). Es manifiesto en las profesiones liberales que desempeñan su labor en el ámbito sanitario, puesto que han pasado del 12% al 6% entre 1978 y 2012 (p.111). Sucede lo mismo con los altos funcionarios que pasan del 13,4% al 6,6% durante el mismo periodo (p.112). Esto da cuenta de una desclasificación de la actividad política, que afecta especialmente a las funciones electivas (p.112).

“Esta progresiva desafección tiene diversos orígenes. La lenta pérdida de poder del Estado frente a las empresas [y] las [presiones] internas (nueva gestión por objetivos) y externas (tratados europeos) convierten el ejercicio del poder en una forma de gestión [bajo presión], con unos márgenes de maniobra reducidos” (p.113). Además, “el aumento de los salarios ofrecidos por el sector privado para esta parte de la población convierte en más atractiva una carrera fuera de la política y, sobre todo, fuera de las carreras electivas consideradas como ingratas. (...) La actividad política les aparece a algunos como un trabajo poco [valorado que se asemeja a] un sacrificio” (p.113).

“Si las carreras electivas han conocido una forma de desclasificación a lo largo de las últimas décadas, su práctica se ha igualmente individualizado” (p.117). De hecho,

en el pasado ha prevalecido el capital político colectivo, “conferido por el partido a unos candidatos que no necesitaban ser conocidos localmente” (p.117). No obstante, con el transcurso del tiempo, las formas más personalizadas de ese capital han cobrado una fuerza creciente. En un mercado cada vez más competitivo, “esta lógica de desmarque individual se ha acentuado” (p.118). Así, los actos legislativos pueden ser utilizados para marcar una posición individual que puede corresponder o no a la línea del partido (p.118). Las enmiendas presentadas ilustran ese hecho así como las preguntas realizadas durante la sesión de control al gobierno (pp.118-119). Ambas han aumentado notablemente a lo largo de los últimos años.

Los votos se han igualmente individualizado. Si, durante un largo periodo, la disciplina de voto ha prevalecido, al ser los votos discrepantes marginales y sancionados, la indisciplina de voto se ha incrementado durante la última legislatura. En varias ocasiones, en votaciones tan relevantes como el presupuesto, “una cuarentena de electos [socialistas] han transgredido, de manera reiterada, esta regla de la disciplina partidista” (p.123). Desde hace dos décadas, se produce una lenta erosión de la disciplina partidista y una aceptación creciente de los votos discrepantes. De hecho, “los diputados conceden menos importancia a las decisiones de los partidos y prefieren asumir el riesgo de transgredir las reglas establecidas” (p.123). “Las fuentes de esta individualización progresiva son variadas. (...) Tiene causas materiales concretas, [ya que] los medios concedidos individualmente a los electos han aumentado notablemente a lo largo de las últimas décadas. Es el caso (...) de los colaboradores” (p.124). La creación de despachos individuales también influye (p.125). A su vez, “las oportunidades ofrecidas por la multiplicación de los medios de comunicación son (...) numerosas” (p.126).

El hecho de cultivar un perfil propio funciona como una protección “frente a los reveses de fortuna que conoce necesariamente un partido. (...) Para muchos electos, semejante individualización es vista como una condición para prolongar su carrera. (...) Distinguiéndose de su partido, les permite capitalizar sobre su reputación en los momentos de rechazo que éste conoce ineluctablemente, en particular cuando está en el poder. Es igualmente una protección en el seno del partido, donde permite instaurar una relación de fuerza útil en los diferentes momentos de la vida política, de la investidura a la elección pasando por los [nombramientos] en comisiones” (pp.126-127). Asimismo, la intensidad de la actividad desplegada por los diputados resulta de su voluntad de existir en un espacio antagonico y jerarquizado (p.127). Que sea por estrategia electoral o por creencia en un proyecto, los responsables políticos necesitan acumular capital político a fin de ser reconocidos y ser reelegidos (pp.127-128).

En la conclusión de su obra, Boelaert, Michon y Ollion constatan que el término “profesionalización” es demasiado englobante e impide comprender las dinámicas a

la obra en la política francesa a lo largo de las últimas cuatro décadas (p.129). Más precisamente, se ha producido una profesionalización de la vida política, ya que un número superior de personas vive de la actividad política como consecuencia del aumento de los mandatos electivos o de las posiciones remuneradas alrededor de los electos (pp.129-130). “Esta multiplicación de los empleos disponibles les ha permitido a algunos hacer toda su carrera en la política, y unas vías de acceso distintas se han desarrollado” (p.130). Más allá de la diversidad de los itinerarios, todos se han comprometido en política desde hace tiempo. En ese sentido, “la política es un asunto de hombres y de mujeres activos en política de manera prolongada” (p.130). “El aumento del tiempo pasado en política permite (...) una especialización [y] la adquisición de habilidades”. Pero, esta presencia prolongada tiene también consecuencias negativas, tales como la instauración de una separación creciente entre representantes y representados (p.131). Los electos tienden igualmente a privilegiar su reelección en detrimento de la defensa de su programa electoral (p.132). A todo ello, es preciso añadir los casos de corrupción por malversación de fondos públicos, empleos ficticios y favoritismo en la contratación de colaboradores (p.132).

Frente a esta situación, que alimenta el rencor de la ciudadanía hacia sus representantes, distintas soluciones son mencionadas. “La última ley sobre la acumulación de mandatos aprobada en 2014 y que entra en aplicación en 2017 es una de ellas” (p.133). Otra solución consiste en limitar en el tiempo el número de mandatos ocupados (pp.133-134). “Otras pistas deben [igualmente] ser exploradas (...). Una reforma constitucional que reequilibraría los poderes es necesaria. Revalorizar el papel [del parlamento] ante el [poder] ejecutivo, debatir sobre el interés de [tener] un presidente con extensos poderes (...) o favorecer las iniciativas populares” (p.137). Existen otras vías como la reforma del modo de escrutinio y la elección de listas que reducirían la personalización de la política, propiciarían la representación de las minorías y favorecerían el respeto del programa (p.137). “La moralización de la vida política, vía el control del gasto público, es otro instrumento, siempre y cuando los medios materiales y las misiones confiadas a las agencias encargadas de garantizarla sean suficientemente ambiciosos” (p.137).

Al término de la lectura de *Métier: député. Enquête sur la professionnalisation de la politique en France*, es obvio reconocer la originalidad del objeto de estudio y, sobre todo, del enfoque teórico elegido para abordarlo, al analizar la diputación como un oficio. Inspirándose en la teoría de Pierre Bourdieu y de sus conceptos de campo y capital político, proponen un trabajo coherente desde la perspectiva teórica que compaginan con un razonamiento bien articulado. Todo ello va de la mano de un sólido trabajo de campo basado en el análisis de cuatro cohortes de diputados entre 1978 y 2016 y en las entrevistas realizadas a varios diputados y colaboradores. La exposición

clara, propiciada por numerosos gráficos y cuadros, y un estilo fluido favorecen la lectura de la obra y la comprensión de sus principales tesis. No en vano, y de cara a matizar esta valoración positiva, se echa en falta una mayor precisión en cuanto al número y al perfil de las personas entrevistadas.

En cualquier caso, la lectura de esta obra se antoja ineludible para cualquier persona interesada en la profesionalización de la política que no concierne únicamente a Francia.

Bibliografía

- BOELAERT, J., MICHON, S. y OLLION, E. (2017): *Métier: député. Enquête sur la professionnalisation de la politique en France*. París: Raisons d'Agir.
- BOURDIEU, P. (1989): *La noblesse d'Etat. Grands corps et grandes écoles*. París: Editions de Minuit.
- MICHON, S. (2014): *Les équipes parlementaires des eurodéputés. Entreprises politiques et rites d'institution*. Luxembourg-Windhof: Larcier.
- OLLION, E. (2012): *Raison d'État. Histoire de la lutte contre les sectes*. París: La Découverte.

Eguzki Urteaga
eguzki.urteaga@ehu.es
Universidad del País Vasco
Vitoria, España